

CAPÍTULO I

DIMENSIONES DEL CAPITALISMO GLOBAL

La globalización se ha constituido en uno de los referentes discursivos más candentes y controversiales de nuestro tiempo; basta pasar revista a los periódicos, semanarios, páginas editoriales, best sellers de librerías, plataformas políticas, etc., para constatar que este discurso está plagado de usos políticos e ideológicos profundamente antagónicos a favor y en contra de este proceso.

La concepción ideológica dominante hace constantemente referencia a los procesos de la globalización y las nuevas oportunidades que trae consigo: acceso a nuevos mercados, transferencia de tecnología, aumento de la productividad y mejores niveles de vida. Tan sólo en lo que a sus expresiones tecnológicas concierne, se afirma que la globalización podría tener alcances sumamente beneficiosos para la humanidad. Nunca como antes el hombre había contado con tantos medios para erradicar muchos de los trastornos sociales y económicos que han caracterizado los últimos siglos.

No obstante, es evidente también que la globalización tiene dimensiones concretas y objetivas que se constituyen en amenazas a la democracia, la igualdad, la justicia social, el equilibrio ambiental, etc. y que resultan por lo tanto nocivas para los intereses de los ciudadanos, de la gente común, para los excluidos del poder económico, político o mediático. Esta es el lado de la globalización que nos interesa desarrollar en este primer capítulo.

Podemos entender la globalización como la extensión y profundización de las relaciones económicas, industriales, políticas y culturales de la sociedad capitalista en todos los rincones de la tierra. Es una nueva dimensión del capitalismo que globaliza los mercados, las transacciones, el comercio, las inversiones, la explotación, etc. La concepción neoliberal de la globalización hace hincapié en la naturaleza elástica del capitalismo, en el carácter ineludible de la competencia mundial, en los estándares de la eficacia económica y en la decreciente capacidad de los estados para regular sus economías.

El capitalismo global no es un fenómeno nuevo, ha sido siempre un fenómeno expansivo. En realidad, la globalización comienza con la expansión marítima europea a partir del siglo XV. Lo verdaderamente novedoso del presente proceso de internacionalización de la economía, es la unificación de los mercados nacionales en un solo mercado mundial.

En la actualidad, la propiedad privada de los medios de producción, la actividad económica regida por los mercados y el beneficio, siguen siendo la motivación fundamental del sistema. Sin embargo, esta expresión del capitalismo global tiene un carácter diferente. Es el capitalismo en su versión anglosajona o estadounidense, mucho más duro, móvil e implacable que el capitalismo renano o el Japonés, que habían sido parcialmente humanizados a través del intervencionismo o del Estado de Bienestar. Este capitalismo anglosajón se ha visto beneficiado por la posición

competitiva fundamental de las grandes corporaciones estadounidenses que, de acuerdo a los niveles de capitalización en el mercado, son las empresas dominantes en el ámbito global. De las 500 corporaciones más poderosas del mundo, 224 pertenecen a los EE. UU., frente a 46 de Japón y 23 de Alemania.¹

Una vez obsoletos los tres modelos societarios de acumulación surgidos al finalizar la II Guerra Mundial (el proyecto de Estado de Bienestar de democracia social nacional en Occidente; en el Tercer Mundo el proyecto desarrollista de la construcción nacional y el sistema soviético), el capitalismo global transforma a todo el planeta en capitalista o enormemente dependiente de los procesos económicos capitalistas.² Se presenta ahora como “necesario, saludable y equilibrado”. Impera sin fisuras como la ideología “más exitosa” de la historia humana. Sus ímpetus son descritos como incontrolables, como “fuerzas de la naturaleza”. La globalización se concibe como algo que tiene vida por sí misma, un fetiche que existe independientemente de la voluntad de los seres humanos, inevitable e irresistible. En este sistema absoluto no caben alternativas o estrategias que pretendan cuestionar su lógica. Cualquier intento por pensar que las cosas puedan ser distintas es una utopía.

Sin rivales ideológicos, ese capitalismo global “victorioso” ya no necesita un rostro humano que suavice sus efectos y cualquier obstáculo (leyes, sindicatos, impuestos, gobiernos, derechos humanos) está injustificado y debe ser eliminado. Es una ruptura con el capitalismo de reformas asociado al keynesianismo que ahora da paso a la acumulación capitalista como fin en sí mismo, dominando el conjunto de los procesos de la vida social.

Muchos de los alcances del fenómeno de la globalización se atribuyen a los avances de la tecnología. Felipe González afirma en su libro *El futuro no es lo que era*, que el crecimiento exponencial de la biotecnología, de la bioquímica y la biogenética (bases de la revolución tecnológica), constituyen el proceso desencadenante de la globalización.³ Sin embargo, la tecnología no es una fuerza autónoma: facilita y ofrece recursos para las decisiones sociopolíticas de las clases sociales y de las instituciones económicas que controlan el Estado, pero por más que el nuevo paradigma tecnológico parezca ser el gran motor del cambio, la tecnología es apenas un componente de la acumulación de capital, el cual sigue siendo la variable independiente.

Al lado de las enormes transformaciones en la tecnología y la economía se constatan también realidades capitalistas puras y duras. Como lo afirma Samir Amin, no son las revoluciones tecnológicas las que definen los períodos históricos o las opciones, sino los cambios en las relaciones de producción los que modelan los cambios tecnológicos.

La arquitectura de la dominación global: la dictadura de las finanzas

El capitalismo global define una expresión distinta del poder que es horizontal, no jerárquica y funciona como una red. No es autoritario, sino que utiliza los mecanismos

¹ Petras, James. *América Latina: de la globalización a la revolución*. Homo Sapiens Ediciones. Buenos Aires, 1999, p. 33.

² Castells, Manuel. Tecnología de la información y capitalismo global. En *En el límite: la vida en el Capitalismo global*. Anthony Giddens y Will Hutton, editores. Kriterion Tusquets. Barcelona, Marzo, 2001.

³ González, Felipe et al. *El futuro no es lo que era*. Punto de lectura. Madrid, Mayo de 2002, p. 198.

de la manipulación para ejercer ese poder de forma “consensuada”.⁴ Cuanto más despersonalizada y global esta naturaleza del poder, mayor sensación de impotencia produce en aquellos que son dominados. Por supuesto que persisten las formas más abyectas y extremas de explotación, pero algunas han adquirido un carácter tan sutil, que son difíciles de percibir a simple vista.

Esta nueva estructura de dominación global se sustenta institucionalmente en las corporaciones internacionales y en entidades como la Organización Mundial del Comercio, OMC, el Fondo Monetario Internacional, FMI, el Banco Mundial, BM, el Grupo de los 7, la Reserva Federal de los Estados Unidos y los Ministerios de Finanzas, estructura que el periodista francés, Bernard Cassen, llama “Internacional Liberal.”⁵ A esto habría que sumar el papel dominante que ejercen los EE. UU. en la política y la economía mundial. Rol de superpotencia hegemónica que se ha reforzado después de la invasión a Irak. Incluso analistas poco propensos a ser calificados de izquierdistas como Henry Kissinger lo afirman sin inhibiciones: “la globalización es apenas otro nombre para la dominación mundial de los Estados Unidos”.

En el ámbito regional, la más novedosa expresión de poder hegemónico es el Área de Libre Comercio de las Américas, ALCA, junto a otras expresiones de dominación sub-regionales como el Plan Puebla-Panamá, PPP; el Tratado de Libre Comercio de Centroamérica con los Estados Unidos, el Plan Colombia o el NAFTA, que complementan la perfecta sincronía de un nuevo proyecto hegemónico continental.

En el capitalismo global, el capital financiero ya no está confinado a las necesidades de la producción, el empleo o la inversión; se constituye en el corazón del modelo. Las economías y los sistemas financieros de los países y regiones se subordinan a los designios y mandatos de los grandes capitales financieros especulativos. La liberalización de las finanzas y el comercio financiero, que han posibilitado la movilidad de capitales entre distintos segmentos del sector financiero y alrededor del mundo, constituyen precisamente el aspecto motriz de la globalización. La economía financiera ha sustituido a la economía real. Es una “financiarización” de la economía que se constata especialmente, en el protagonismo que han adquirido las bolsas de valores y que es el producto del excedente de capitales que no puede encontrar salida en la expansión de los sistemas productivos.

El capital financiero en su búsqueda de ganancias *-ocultándose en paraísos fiscales y lucrando en las economías más débiles-* destruye a su paso formas de subsistencia locales, destruye la industria nacional, condena de muerte a las pequeñas y medianas industrias y lanza al desempleo a millones de trabajadores en todo el mundo. Las crisis financieras de los años noventa, de Bangkok a México, son prueba de esto. Los capitales especulativos reaccionan retirando sus depósitos en los países que presentan conflictividad o falta de estabilidad en las políticas macroeconómicas. Las consecuencias sociales son fatales. Tan sólo en el sudeste asiático, las crisis financieras lanzaron al desempleo a más de 23 millones de personas.

Es precisamente la especulación el gran ganador dentro de estos mercados financieros sin reglas y anárquicos, que limitan de forma severa la capacidad de los gobiernos para controlar la política económica. La sofisticación de estos mercados ha permitido a los

⁴ Estefanía, Joaquín. *El Poder en el Mundo*. Plaza y Janés. Barcelona, 2000, p. 31.

⁵ Conferencia dictada en la Universidad de Costa Rica el 17 de septiembre de 2002.

especuladores, interconectarse a través de las transacciones en la red y los movimientos de capital, entre productos financieros, monedas y países, en cuestión de segundos. A esto habría que agregar la acción de los proveedores de información y los creadores de opinión⁶ -las firmas de valores de mercado y los grandes “gurúes” de las finanzas- que pueden provocar la apreciación o depreciación del mercado de obligaciones o divisas.

Este sistema se ve fortalecido por instituciones como el FMI que, en su afán de aplicar las mismas recetas universalmente, contribuyen a hacer de este proceso de globalización financiera una especie de “autómata”, que se enquistó en el corazón de las economías nacionales, afectando la vida de todos:

“El sistema puede con los controles y regulaciones instaurados por los gobiernos, las instituciones internacionales y las firmas financieras privadas, para no hablar de las consideraciones de inversores particulares, consumidores, y ciudadanos (...) Su lógica no está determinada por ningún capitalista individual, ninguna empresa ni en realidad, ninguna institución pública.”⁷

Ahora, a la luz de la crisis asiática, argentina, rusa, etc. y sus consecuencias, instituciones como el FMI han reconocido tímidamente que la liberalización de los mercados de capital fue una de las causas de dichas crisis. Estas instituciones han terminado haciéndole el juego a los especuladores. Como lo establece el economista norteamericano Robert Kuttner, “lejos de convertirse en un baluarte contra la irracionalidad de los flujos de capital privado especulador, el FMI ha convertido a ciertos países en refugio de especuladores”.

La compleja red de transacciones financieras especulativas está fuera del control de los gobiernos. El lingüista norteamericano, Noam Chomsky, habla de una especie de “Senado Virtual”, refiriéndose al poder de los especuladores en los mercados financieros:

“Si un país decide poner énfasis en sus programas de desarrollo social, el senado virtual puede votar instantáneamente (contra esa política), sacando montos enormes de capital fuera del país.”⁸

Estos paladines de la especulación tienen el poder de postrar gobiernos y economías enteras con una simple operación de computadora. Algunos (como George Soros) tienen la desvergüenza de cuestionar éticamente al sistema que les han permitido lucrar indiscriminadamente a costa de los empleos y los ahorros de millones de seres humanos. El poder de los especuladores contraviene cualquier principio democrático, pues mientras que a los gobiernos se les dice que no pueden corregir las decisiones del mercado y no deben intentarlo, cuando las señas decisivas de los mercados financieros llegan a predominar en el proceso político, se otorga una posición privilegiada a grupos de interés económico y a un entendimiento muy estricto del bien común: en otras

⁶ Castells, Manuel. Op cit., p. 86.

⁷ Ibíd., p. 88.

⁸ Chomsky, Noam. Citado por Marta Harnecker. En: *La izquierda en el umbral del siglo XXI: Haciendo posible lo imposible*. Siglo XXI. Madrid, 2002. p. 141.

palabras, el fin de la política.⁹ El poder político ya no es el poder más importante, puesto que ha quedado rezagado tras el poder de los mercados y del poder mediático.

Ya no son los gobiernos elegidos democráticamente ni los parlamentos los que determinan la política, sino los inversores internacionales, las corporaciones o entidades sin ninguna legitimidad democrática como el FMI o la OMC. Es la sustitución de la democracia de los ciudadanos por la democracia del dinero. ¿Para qué votar, para qué hacer política si las decisiones importantes están determinadas por los intereses de los mercados? Por encima de todo, “la doctrina imperante es tajante: el valor supremo es el beneficio para los inversores y todo lo demás debe subordinarse a él. La vida humana tiene valor en la medida en que contribuye a este fin”¹⁰

Las corporaciones, los especuladores y los agentes financieros arrebatan el poder a los ciudadanos, sometiéndolos a la simple condición de consumidores. El ciudadano se ve sometido a un proceso de degradación de sus derechos que le convierte en un mero factor dentro de la lógica lucrativa. Vale únicamente en cuanto a su capacidad de consumo, y ni siquiera en esta dimensión se adquiere cierta autonomía, pues tras la supuesta “soberanía del consumidor”, está el poder de las corporaciones, que determinan e influyen en los precios y los costos, corrompiendo a los políticos y manipulando la respuesta del consumidor.

Esta circunstancia es conforma un credo regido por el consumismo, la competitividad y el hedonismo. El individuo prototipo es un ser insolidario, que se atiene a las normas únicamente porque le resulta provechoso y obtiene una ganancia. La expresión cínica del más puro darwinismo social que degrada la condición de ciudadano reduciéndola al *homo oeconomicus*. Esto constituye una de las expresiones contemporáneas más evidentes de exclusión. Tal y como lo señala Win Dierckxsens, los pueblos que no tienen vínculo con el mercado no tienen derechos económicos ni sociales; en otras palabras, no tienen ciudadanía, y al no tener ciudadanía tampoco tienen derechos humanos. Al totalizarse el mercado, poblaciones como los indígenas o los pueblos del África Subsahariana no tienen derecho ciudadano alguno.

En esta ciudadanía degradada, el dinero es el elemento que proporciona identidad a las personas, mucho más que sus capacidades intelectuales o sus virtudes: *Cuánto tienes, cuánto vales*. El mérito se mide en forma creciente por el triunfo y el prestigio se organiza en torno a él. El aburguesamiento de la cultura ha empobrecido la misma idea de felicidad, degradándola al mero ensanchamiento material. La felicidad es algo que se compra, y que se concreta en el confort o en la entretención.¹¹ La felicidad no es ya el producto de la realización trascendental en la fe, en el amor, en la pasión o en las luchas por las causas sublimes.

La imposición de estos antivalores está también estrechamente relacionada con una nivelación cultural, un mismo “estilo de vida” difundido por los medios de comunicación de masas. Este proceso está de forma estrecha relacionado con la llamada “sociedad de la información”, que en realidad, lejos de haber democratizado el conocimiento como suponían los futurólogos a finales de los años ochenta, ha facilitado el control

⁹ Held, David. El fin de la política y la Tercera Vía. En *La Tercera Vía*. Revista La Política No. 5, junio de 2001. Paidós. Barcelona, 2002, p. 52.

¹⁰ Chomsky, Noam. *El Nuevo Orden Mundial (y el Viejo)*. Crítica. Barcelona, 2002, p. 209.

¹¹ Moulian, Tomás. *El consumo me consume*. LOM Ediciones. Santiago, 1999, p. 33.

monopólico de las comunicaciones. En todo el mundo se verifica un apoderamiento monopólico de los medios a manos de conglomerados gigantescos: *America On-Line* compra *Netscape*, la revista *Time*, adquiere la empresa *Warner Bros* y la cadena *CNN*; la *News Corporation* del inglés Rupert Murdoch (otrora padrino de Tony Blair) se apodera de *The Times*, *The Sun*, *New York Post*, la cadena satelital *BskyB* y la *FOX*.¹² El problema no es que los medios de comunicación adquieran mucho poder, sino que representan un poder tan concentrado y tan definido económica y políticamente, que dan lugar a un cuestionamiento de las reglas de juego propias de la democracia; la primera de las cuales es, desde luego, la igualdad de oportunidades.¹³

Esta globalización cultural que, moldeando determinadas formas de conciencia social e imponiendo “representaciones del mundo”, no es otra cosa que una “norteamericanización” de la cultura a escala mundial: las mismas costumbres, la misma ropa, la misma música, los mismos patrones de consumo que los medios imponen como adoración a los “valores” de la sociedad neoliberal.¹⁴ En el caso de América Latina, esto se expresa en un desconocimiento y en un intento de anulación de las cosmovisiones de las culturas originarias.

La falsa promesa del libre comercio

Dentro del capitalismo global, es vital el rol que juega el libre comercio, que se vende como la panacea para el desarrollo, la garantía de una inserción rápida y exitosa en la globalización para los países latinoamericanos. La ingenuidad de la mayoría de los gobiernos del continente parece suponer que el mejor proyecto nacional es no tener un proyecto definido, sino “liberar el comercio nacional e internacional y que sea la mano invisible del mercado la que logre el mejor país posible”. Un editorial de *La Nación* referente al Tratado de Libre Comercio entre Centroamérica y los EE. UU. establecía en enero de 2003:

*“Es sin duda el evento económico más importante de los últimos años. Bien llevado, puede constituir la base de un sólido y dinámico desarrollo económico en el Istmo. Felicitamos a las autoridades estadounidenses y centroamericanas y, en particular a las costarricenses, por el esfuerzo desplegado hasta ahora, y les deseamos el mayor de los éxitos”.*¹⁵

El discurso convencional del neoliberalismo establece que el libre comercio es el responsable de la riqueza de los países desarrollados, pero la evidencia histórica demuestra la falsedad de tal aseveración. Cuando los países desarrollados aún no lo eran, jamás aplicaron ninguna de las políticas de liberalización del comercio que ahora ellos mismos aconsejan. En el caso inglés -que usualmente se ejemplifica como paradigma del librecambio- se utilizó de manera agresiva políticas dirigistas y tarifas arancelarias elevadas para promover sus industrias, estratégicas desde el siglo XV

¹² Ramonet, Ignacio. *Medios concentrados*. Le Monde Diplomatique / El Diplo / Diciembre 2002, p. 40.

¹³ Tezanos, José Félix. *La democracia incompleta. El futuro de la democracia postliberal*. Biblioteca Nueva. Madrid, 2002. p. 228.

¹⁴ Resulta altamente cuestionable ubicar a los EE. UU. como un referente cultural de libertad y prosperidad para el resto del mundo. En este país el 1% de los norteamericanos dispone de ingresos superiores al 95% de la población; 400 americanos generan el 12% del PIB, es decir, acumulan lo mismo que comparten 100 millones de conciudadanos; 44.2 millones de personas viven sin seguro médico.

¹⁵ Arranque del TLC. *La Nación*. Sábado 11 de enero de 2003.

hasta mediados del siglo XIX, cuando el país se abre parcialmente al librecambio con la abrogación de las leyes sobre el trigo (1846), y que ciertos observadores ven más como un acto de “imperialismo librecambista”, dirigido a detener el avance de la industrialización en el continente europeo.¹⁶ En el mismo sentido, no es veraz atribuir el desarrollo y consolidación de los EE. UU. como potencia, al librecambio. Entre 1830 y el fin de la II Guerra Mundial, los derechos aduaneros estadounidenses sobre la importación de productos industriales figuraban entre los más altos del mundo, fue sólo a partir de ese conflicto bélico que el país liberalizó sus intercambios comerciales.

Tampoco el éxito económico de los países asiáticos hoy conocidos como símbolos del libre comercio (Taiwán, Singapur, Corea del Sur y Malasia) se puede atribuir al libre comercio, pues al contrario de lo que los organismos financieros internacionales les sugerían insistentemente, no recortaron de golpe todos los aranceles aduaneros, ni permitieron el ingreso indiscriminado de las compañías extranjeras.

El librecambio no ha sido siempre capaz de promover el crecimiento económico, tal y como predicen sus adalides. Entre 1960 y 1970, cuando existían más protecciones y regulaciones, la economía mundial progresaba más que en la actualidad. El ingreso per cápita mundial en esa época era de un 3% contra un 2.3% de las últimas dos décadas marcadas por la liberalización comercial.

Los hechos demuestran, que la liberalización de los mercados mundiales, tanto financieros como de bienes y servicios, ha enriquecido fundamentalmente a una clase internacional de inversores, empresarios, profesionales y funcionarios públicos y que la mayor proporción del comercio mundial es operada por medio de contratos entre inmensas corporaciones que tienden a la conformación de grandes oligopolios y alianzas estratégicas. El tipo de “integración”, que los tratados de libre comercio persiguen, busca en forma prioritaria la integración intrafirma de las grandes corporaciones.

En ese mercado mundial definido como libre comercio –según el columnista de la Revista *The Nation*, William Greider– “todo el mundo es libre, excepto las personas”. Las corporaciones pueden ir y venir de un mercado a otro de acuerdo con su conveniencia o donde obtengan costos de operación más bajos; los inversores pueden insistir sobre los términos para el uso de su capital; los gobiernos pueden demandar concesiones a cambio de oportunidades comerciales, etc. Sin embargo, estos derechos contractuales no se extienden a las personas en muchas partes de este “sistema global”, y más bien éstas están desprovistas de las más básicas libertades.

Es clara también la doble moral que existe en este campo respecto a la apertura de mercados y la desprotección de los productores nacionales de los países en desarrollo. Los países industrializados han exigido la liberalización comercial de sus productos de exportación, pero al mismo tiempo han seguido protegiendo los sectores en los que la competencia de las naciones en desarrollo amenaza su economía.

¹⁶ Chang, Ha-Joon. *Las bondades del librecambio: una superchería histórica*. Le Monde diplomatique, junio 2003, p. 34.

Esto explica en parte, el rechazo que las tesis de libre comercio encuentran alrededor del mundo, y que se han venido expresando cada vez con más fuerza desde las manifestaciones de Seattle.¹⁷

Los subsidios directos e indirectos que los países industrializados otorgan a sus productores son una verdadera amenaza para los países en desarrollo. Aun cuando en la reunión de la OMC en Doha (2001), el tema se ubicó en los primeros lugares de la agenda, es poco lo que se ha alcanzado. El fracaso de la Conferencia de Cancún de la OMC, confirma este estancamiento. Según un informe del FMI, el respaldo de los gobiernos a la agricultura ha caído en los últimos cinco años, pero aún constituye el 31% de los ingresos agropecuarios de los países desarrollados.¹⁸ Tan sólo en mayo de 2002, los EE. UU. aprobaron 19.000 millones de dólares en subsidios para la próxima década, convirtiéndose en el país del continente que más “apoya” a su agricultura. A través de la Ley Agrícola del 2002, los subsidios han aumentado en un 80% respecto a la Ley Anterior de 1996¹⁹, lo cual sin duda contrasta con la rabiosa retórica respecto a reducir las medidas de distorsión comercial que los EE. UU. impone en sus negociaciones comerciales con América Latina.

Por otro lado, Europa ha venido manteniendo los millonarios subsidios a la agricultura que establece la Política Agrícola Común (PAC), que alcanzan ya los 46.000 millones de dólares anuales, constituyendo casi la mitad del gasto total de la UE.²⁰ La PAC hace uso de aranceles y cuotas prohibitivas para bloquear la importación de productos alimenticios. El resultado es un inmenso superávit de alimentos en toda Europa que debe ser consumido o destruido. Se calcula que la UE priva a los países en desarrollo de \$700.000 millones en ingresos por concepto de exportaciones cada año. Más de 14 veces lo que reciben estos países en ayuda externa para el desarrollo.

La agricultura es uno de los aspectos en los que se verifica con más claridad la política de dobles estándares. La protección que reciben los agricultores de EE. UU. y la UE contrasta con crisis crónicas de seguridad alimentaria y de crecimiento de la pobreza en las áreas rurales del mundo en desarrollo. En América Latina, alrededor de 123 millones de personas viven en las áreas rurales (25% de la población) y dependen directa o indirectamente de la agricultura. De estos, 77 millones (63%) viven en la pobreza 47 millones de ellos en extrema pobreza.²¹ Los países en desarrollo tienen necesidades especiales respecto a sus sectores agrícolas: asegurar el acceso a alimentos para sus ciudadanos más pobres; promover medios de vida sostenibles para sus producciones rurales y garantizar el reembolso de divisas para el pago de las importaciones esenciales. Los enfoques hacia la liberalización propuestos por el ALCA ignoran estas dimensiones importantes de la agricultura. Llamar “Ronda del Desarrollo” a las negociaciones comerciales iniciadas por la OMC en Doha, es un chiste cruel. Veamos algunos ejemplos:

¹⁷ Esta reunión de la OMC a finales de 1999, pretendía abrir una nueva ronda de negociaciones comerciales

¹⁸ *El otro muro*. Newsweek, 4 de diciembre de 2002, p. 36.

¹⁹ Cabe aclarar que los subsidios no llegan a los pequeños productores norteamericanos, sino en las grandes empresas agrícolas. Según OXFAM, el 60% de los pagos se destina tan sólo a un 10% de los empresarios agrícolas.

²⁰ Esta circunstancia perjudica también a los propios consumidores de la UE, pues se estima que la PAC incrementa los precios de los alimentos de un 15% a un 20%. The Economist, July 13th 2003, p. 42.

²¹ OXFAM. Comercio con Justicia para las Américas. Agricultura, Inversiones y Propiedad Intelectual, tres razones para decir no al ALCA. Briefing Paper, 2003, p. 3.

- Según un cálculo del Banco Mundial, la renta de África Subsahariana -la región más pobre del mundo- cayó más de un 2% debido a la Ronda Uruguay.

- Bolivia eliminó sus barreras comerciales haciéndolas, incluso menores que las de los EE. UU., y cooperó con éste país en la erradicación del cultivo ancestral de la hoja de coca, del cual dependían miles de campesinos de la región del Chapare. La respuesta de los EE. UU. fue seguir con los mercados cerrados a los demás productos bolivianos que podrían haber aliviado la situación de los campesinos.

- De acuerdo con la organización no gubernamental OXFAM, Mozambique pierde 80 millones de dólares al año debido a la exclusión de su azúcar de los mercados europeos. En los EE. UU., los subsidios de algodón para empresas agropecuarias gigantes ascendieron a 4.000 millones de dólares en el 2001 – *para un mercado mundial valorado en 3.000 millones*- eliminando las oportunidades de exportación de 11 millones de hogares cosechadores de algodón en África Occidental²².

Todos estos ejemplos demuestran que, tal y como lo dijera una vez José Figueres Ferrer en una reunión de la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, UNCTAD, “los pueblos pobres son los corderillos en el altar de la libre competencia”.

Varios sectores productivos de Costa Rica, en especial el agro, han sido víctimas del impacto negativo que ha tenido la apertura incondicional e irrestricta de nuestra economía. El mismo editorial de *La Nación*, citado párrafos atrás, hace a un lado la euforia para reconocer, en el más puro léxico social-darwiniano, la inevitabilidad de que, como consecuencia del tratado en mención, surjan “ganadores y perdedores”.

“Como en cualquier TLC, habrá sectores golpeados y, por tanto, los países tienen que prepararse con programas sociales adecuados. Y eso, diríamos, no solo es inevitable, sino indispensable que suceda (...) lo que no es posible en un régimen de franca competencia es que todos los productores, aún los menos eficientes, puedan salir airosos. Lo importante es que el país, en su conjunto, gane, lo cual creemos sucederá”.

Una vez que se reconoce que detrás de esos “productores menos eficientes” (condición que muy pocas veces es producto de la propia voluntad del productor) hay familias (usualmente de bajo ingresos) y seres humanos, cuya “desaparición” del mercado se traduce en términos de sobrevivencia y por lo tanto de vida, se constata una vez más que la mercantilización paranoica de las relaciones sociales se remite finalmente a una cuestión de vida o muerte, tal y como lo reconoce el gurú liberal Friedrich A. Hayek:

“Una sociedad libre requiere de ciertas morales que en última instancia se reducen a la mantención de vidas: no a la mantención de todas las vidas, porque podría ser necesario sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas. Por lo menos las únicas

²²El otro muro. Ibíd.

*reglas morales son las que llevan al “cálculo” de vidas: la propiedad y el contrato*²³

Sin un marco de ordenamiento, el libre comercio conduce a una carrera internacional por la disminución de los costes y una pugna destructiva por la competitividad, poniendo en peligro el bienestar de la población, deshaciendo la seguridad social e induciendo al Estado a endeudarse. Oskar Lafontaine dice al respecto:

*“Si los estados continúan liberalizando el comercio internacional sin concederle al mismo tiempo unas reglas, seguirán estrechando su propio margen de acción. La democracia se convertirá cada vez más en una farsa. En la medida en que sea el mercado mundial el que tome las decisiones, da igual quien gobierne”.*²⁴

Específicamente respecto a América Latina, una parte esencial del “Consenso de Washington” ha sido la promoción del libre comercio. El primer gran referente ha sido el Tratado de Libre Comercio de América del Norte o NAFTA, suscrito por México, EE. UU. y Canadá. El NAFTA fue visto como el paradigma a seguir en toda América Latina y, de hecho, varios tratados de libre comercio, firmados posteriormente se han inspirado en él.

Las estadísticas demuestran como el NAFTA ha fracasado haciendo que la economía mexicana crezca lo suficiente o creando empleo de calidad. Según la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), la tasa de crecimiento durante el periodo “naftiano” (1994-2002) fue de apenas el 2.9% anual, mientras que la tasa de crecimiento anual lograda en el periodo 1950-1993 fue del 5.1% anual. El tratado ha tenido un impacto social e incluso económico muy cuestionable. El índice de remuneraciones reales cayó de 109.7 puntos en 1993 a 106 puntos en 2002. La pobreza tampoco se redujo, permaneciendo en un 31% de los mexicanos. El 61% de los empleos en México no recibe ningún tipo de prestación social y el salario mínimo perdió de 1994 al 2000, casi una cuarta parte de su poder de compra (22.93%).²⁵

El primero de enero de 1994, cuando el NAFTA entró en vigencia, existían 120 empresas maquiladoras estadounidenses en la frontera y cada trabajador ganaba en promedio, 100 dólares al mes. Al año 2000 ya había 3700 y los trabajadores pasaron a ganar 200 dólares mensuales. Pero como parte de la lógica de la obtención de ganancia a bajo costo, en los dos últimos años 500 empresas se han ido de la frontera rumbo a China y Vietnam donde, por el mismo trabajo, un obrero recibe 25 centavos la hora contra los 3 dólares que gana en México. Esto implicó la pérdida de empleo para más de 250 mil trabajadores mexicanos.

A pesar del NAFTA y de otros tantos acuerdos de libre comercio que México ha firmado frenéticamente desde los años noventa, el país sigue arrastrando un déficit comercial con el mundo de 43670.1 millones de dólares y un déficit de cuenta corriente de

²³ Citado por Franz Hinkelammert. Las tareas futuras del Estado, frente al mercado y la sociedad civil en el istmo centroamericano. *Democracia sin Pobreza*. Eduardo Stein (Compilador). SELA. San José, 1992, p. 275.

²⁴ Lafontaine, Oskar. *No hay que tenerle miedo a la globalización: bienestar y trabajo para todos*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1998. p. 46.

²⁵ Arroyo Picard, Alberto. *Resultados del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en México. Lecciones para la negociación del Área de Libre Comercio de las Américas*. Red Mexicana de Acción Frente al Libre Comercio – OXFAM Internacional, diciembre 2001. p. 51.

121355.3 millones de dólares.²⁶ Tampoco en términos de inversión extranjera se ha percibido una mejoría atribuible al tratado. Desde su aprobación hasta el año 2002, entraron al país 152833.5 millones de dólares en inversión extranjera, para un promedio anual de 16.981,5, lo cual no representa una diferencia muy significativa respecto al promedio anual que entró en los cinco años previos al NAFTA (16557.5 millones de dólares).²⁷

El impacto más negativo del NAFTA, se ha dado en las zonas rurales, en donde miles y miles de agricultores se han visto obligados a abandonar las actividades agrícolas, mientras que la balanza comercial agropecuaria se ha multiplicado por cuatro desde que entró en vigor el NAFTA.

Los apologistas del libre comercio afirman que la apertura comercial genera modernización, eficiencia y competitividad. No se puede negar que el mercado es competencia y que la competencia exige eficiencia. Pero el mercado y la competencia no producen la eficiencia, sólo la exigen.²⁸ En Costa Rica, el mejor ejemplo de esto, son los miles de agricultores y pequeños empresarios que han sido lanzados a una “competencia” que se suponía, les haría más eficaces y que debido a una serie de factores como carencia de crédito bancario, incapacidad para acceder a tecnología y capacitación, competencia desleal, etc., más bien les ha sacrificado en ese altar del mercado, al que hacía referencia Figueres Ferrer. El mal llamado “libre comercio” es parte de una nueva dimensión del neoliberalismo, como también lo fueron los programas de ajuste estructural, las privatizaciones o la dolarización.

El fracaso del modelo

La globalización presenta la gran paradoja de que, si por un lado la revolución económica y las nuevas tecnologías posibilitan a los pueblos y las naciones su integración en la prosperidad, al mismo tiempo se promueve la renovación de las prácticas más bárbaras de explotación del débil por el fuerte. Un capitalismo global sin rivales, sin alternativas sistémicas, es lógicamente más propenso a retornar a sus orígenes fundamentalistas.

A la par de esta expansión sin precedentes del capitalismo y sus anti-valores en todos los ámbitos de la vida social, también es palpable -como nunca antes- el carácter auténticamente inmoral de la pobreza y la marginación que agobian al mundo.

La explotación se globaliza, siempre en beneficio de las grandes corporaciones, quienes compiten entre sí por ubicar aquellos lugares del planeta en los que se pueda “producir” con mayor impunidad social. A menudo el establecimiento de las maquilas o *swetshops* es visto como un elemento de política exterior comercial y no de derechos laborales. La investigación realizada por Naomi Klein para su libro *NO Logo*, pone al descubierto esa otra fachada de la globalización: la de los operadores de las fábricas de *The Gap*, *Nike*, *Guess*, *Old Navy*, etc. quienes arrebatan a sus empleados las más mínimas normas laborales: obreras filipinas a las que se obliga a orinar en bolsas de plástico o se les

²⁶Arroyo Picard, Alberto. El TLCAN en México: promesas y realidades en su décimo año. En *Los (mal) Tratados de Libre Comercio*. Carlos G. Aguilar (compilador). DEI, San José, 2003, p. 28.

²⁷ *Ibid.*, p. 35.

²⁸ *Ibid.*, p. 34.

impide hablar e incluso reír, operarias mexicanas a las que se somete constantemente a pruebas de embarazo, etc., La acción irrestricta de las corporaciones a menudo da lugar a aumentos inverosímiles de las desigualdades a escala planetaria. La empresa *Nike* paga por concepto de uso de imagen al exjugador de la NBA Michael Jordan en un año, más de lo que ganan los 24.000 empleados indonesios de la industria del calzado deportivo en ese mismo periodo de tiempo.

Uno de los relatos más dramáticos expuestos por Klein en su libro, es el de Charles Kernaghan, director del Comité Nacional del Trabajo, CNT de los EE. UU., referente a los trabajadores haitianos que confeccionan prendas para el “reino mágico” de *Disney Company*.

“Antes de viajar a Haití fui a un Wal-Mart de Long Island y compré varias prendas Disney hechas en la isla. Las mostré a una multitud de trabajadores, que inmediatamente reconocieron las ropas que ellos hacían (...). Desplegué una camiseta de la talla cuatro con la imagen de Pocahontas y señalé la etiqueta con el precio, que indicaba 10,97 dólares. Pero sólo cuando convertí esa cantidad en la moneda local -176,26 gourdes- los obreros se pusieron a gritar de asombro, de incredulidad y de ira y con una mezcla de dolor y tristeza en los ojos, que no apartaban de la camisa de Pocahontas (...). En un solo día hacían cientos de camisetas Disney. Pero el precio de venta de una sola en los EE. UU. equivalía a casi nueve días de sus salarios”²⁹

Este indignante relato es apenas una muestra de como el mundo sigue siendo cada vez más desigual e injusto. Más de 1300 millones de personas disponen de menos de un dólar diario para subsistir. Según cifras de la UNCTAD, el 20% de la población del planeta ha reducido su participación en el ingreso mundial, de un 2.3% en 1960 a un 1.1% en la actualidad, de tal manera que la relación entre las participaciones en el ingreso total del 20% más rico y ese 20% más pobre, ha pasado de 30 a 1 en 1960, a 61 a 1 en 1991 y a un sorprendente 78 a 1 en 1994. En el planeta hay 820 millones de personas afectadas por la “hambruna crónica”; 850 millones son analfabetas; 600 millones no tienen ningún tipo de vivienda.³⁰

En América Latina, el legado de veinte años de neoliberalismo también ha tenido efectos devastadores en las estructuras sociales. Según la CEPAL, en su informe *Panorama Social 2002*, en el año 2001, 214 millones de personas, casi el 43% de la población latinoamericana, vivía en la pobreza, mientras que para el año 2002, se esperaba que la pobreza aumentara en siete millones de personas más. La mercantilización de las relaciones sociales en el continente ha hecho que la salud, la educación y la seguridad social hayan dejado de ser componente privativo de los derechos ciudadanos, para convertirse meramente en piezas de intercambio al mejor postor. Como lo afirma Franz Hinkelammert:

“cualquier actividad humana tiene que ser transformada en una esfera de inversión para que el capital especulativo pueda vivir: las escuelas, los jardines infantiles, las universidades, los sistemas de salud, las carreteras, la infraestructura energética, los ferrocarriles (...) Los

²⁹ *Ibíd.*, p. 409.

³⁰ ATTAC. *Contra la dictadura de los mercados*. Icaria. Barcelona, 2002, p. 20.

*sueños anarco-capitalistas van aún mucho más lejos. Inclusive la policía, la función legislativa y la judicial y el mismo gobierno, se pretende transformar en esferas de inversión de estos capitales”.*³¹

Lo más aberrante es que la pobreza y la marginación no son consecuencias de la escasez de recursos humanos y materiales, sino el resultado de un sistema de exceso de oferta basada en el desempleo y en la minimización de los costes laborales.

Este sistema inherente al capitalismo global tiende a crear dos grandes niveles de “víctimas”. Un mundo de la exclusión, en el que se ubicarían aquellos pueblos y países cuyos recursos ya han sido expoliados, que no encuentran las condiciones para producir o que se ven apartados de la distribución de lo producido. En la nueva distribución internacional del trabajo, estos países son “irrelevantes”, lo mismo que sus poblaciones apartadas de la capacidad de consumir. Estas poblaciones son ahora superfluas, no existe interés por incorporarlas a la producción capitalista.

Por otro lado tenemos el mundo de la inclusión que, como lo afirma Maryse Brisson, no tiene que ver con poseer recursos naturales para poder producir, para satisfacer las necesidades e intercambiar mercancías ni mucho menos con una justa distribución.³² La inclusión se refiera a la capacidad de un país de ser objeto de explotación con base en el interés de los mercados en sus recursos o factores de la producción. La deshumanización y degradación ética implícita en el dominio del mercado como ente todopoderoso, implica que, frente a la exclusión que es sinónimo de muerte (Friedrich Hayek), ser “explotado” se convierte en un “privilegio” fundamental de la sobrevivencia. De ahí que recibir un sueldo mísero, trabajando en condiciones infrahumanas, sea preferible a no recibir nada. Bajo esa lógica es que el economista liberal Jeffrey Sachs decía: “lo que me preocupa no es que existan tantas fábricas donde se explota a los trabajadores, sino que haya tan pocas”.

Es la evidencia más desoladora de la incompatibilidad del capitalismo global con la igualdad o la justicia social. La desigualdad no es solamente una desafortunada aberración dentro del capitalismo, sino un producto natural y una condición esencial de su funcionamiento.

La incapacidad del capitalismo global para compatibilizar el cuidado del medio ambiente con el desarrollo representa asimismo una amenaza para el porvenir de la humanidad. La actual crisis ecológica es el resultado de una anarquía en la gestión de los bienes comunes de la humanidad (ríos, biodiversidad, aire, etc.) muchas veces producto del lucro y la maximización en el aprovechamiento de los recursos naturales propios de la economía de mercado. Criterios que obviamente no son adecuados para tratar con estos bienes comunes.³³

Desde el punto de vista ambiental, el libre comercio también ha estado asociado a la destrucción y contaminación en varias regiones del mundo, a través de la depredación que practican las grandes corporaciones internacionales, que escogen deliberadamente

³¹ Hinkelammert, Franz. *El huracán de la globalización*. DEI. San José, 1999, p. 25.

³² Brisson, Maryse. La Globalización capitalista... una exigencia de las ganancias. En: *El huracán de la globalización*. Op. cit., p. 90.

³³ Gudynas, Eduardo. *Los múltiples verdes del ambientalismo latinoamericano*. Revista Nueva Sociedad No. 122- diciembre 1992. p. 120.

la locación de sus plantas en aquellos lugares donde la legislación ambiental es laxa.³⁴ El consumismo de los países desarrollados se sustenta en una especie de “apartheid ambiental” contra los países en desarrollo que, a través del libre comercio, les posibilita exportar sus costes ambientales al Tercer Mundo. Lawrence Summers, quien fuera Economista en Jefe del BM, decía en un memorando dirigido a las autoridades del banco: “¿No debería el BM fomentar más la emigración de las industrias sucias a los países menos desarrollados? (...) siempre he creído que los países de África están demasiado poco contaminados”.³⁵

Bajo la lógica operativa de organizaciones como la OMC, muchas veces el interés público es visto como un “impedimento para el libre comercio. Entre las muchas violaciones a los principios democráticos básicos que han supuesto las decisiones de los tribunales de la OMC, se encuentran aquellos dirigidos contra la legislación ambiental. Veamos algunos ejemplos: el gobierno de Guatemala derogó una ley de salud pública que prohibía a las empresas de alimentos para bebé (como Gerber) decir en su publicidad, que *sus productos eran más sanos que la leche materna*. Las víctimas no son sólo del mundo en desarrollo. En Canadá, el gobierno levantó una prohibición a la importación de MMT, un aditivo de combustible que puede dañar el sistema nervioso, después de que la *Ethyl Corporation* amenazó con demandar al país amparándose en disposiciones del NAFTA.³⁶

En el libre comercio se constata quizás con mayor nitidez que en cualquier otra área, cómo el mercado favorece el comportamiento de actores orientados únicamente por el cálculo costo-beneficio, sin tener en cuenta los daños a terceros ni la degradación de los ecosistemas. En este aspecto es preciso puntualizar la enorme responsabilidad de los países industrializados y sus hábitos de consumo en la crisis ecológica mundial. Solamente en lo que respecta a emisiones de CO₂, Europa y Norteamérica han producido, desde 1950, 465.960 billones de toneladas, que representan el 90% de las emisiones mundiales.³⁷ En cuanto a la destrucción de los bosques tropicales, estos desaparecen a un ritmo de 30000 a 37000 millas cuadradas por año, a medida que las compañías forestales internacionales se benefician de las franquicias que les otorga el sistema de libre comercio.

También el libre comercio se puede constituir en una amenaza para la biodiversidad, pues la insistencia en producir para la exportación fomenta los cultivos únicos y el uso masivo de pesticidas. Este es el caso de Filipinas, país en el que antes se cultivaban miles de variedades de arroz, frente al cultivo de apenas unas cuantas en la actualidad. También la experiencia de México es relevante. Este país ha perdido más del 75% de sus variedades autóctonas de maíz.

La depredación del medio ambiente se remite también a las inequidades en la relación entre éstos países y sus patrones de consumo. El consumo de materiales y energía en el norte presenta un evidente contraste con los del sur. El mundo industrializado consume el 80% de la energía, el papel, el acero y otros metales, y aproximadamente un 40% de los alimentos del mundo, mientras que expulsa al medio ambiente una cantidad desproporcionada de desechos. Este consumo excesivo no sólo ha creado

³⁴ Shiva, Vandana. El mundo en el límite. en *En el límite: la vida en el capitalismo global*. Anthony Giddens y Will Hutton, editores. Kriterion Tusquets. Barcelona, marzo, 2001, p. 182.

³⁵ *Ibid.*, p.165.

³⁶ Mander, Jerry et al. *Alternativas a la globalización económica*. Gedisa Editorial. Barcelona, 2003, p.35.

³⁷ *Emission impossible?* Foreign Policy. November-december 2000, p. 31.

presiones ambientales en el norte, sino que también ha causado y agravado la disminución de recursos y la degradación ambiental en el sur, por medio de prácticas comerciales injustas como las señaladas atrás.

Otra de las formas en que el capitalismo global amenaza al medio ambiente y a la vida en general, es a través de la piratería de la riqueza biológica e intelectual de los países en desarrollo. La vida de millones de habitantes de estos países se ve amenazada por empresas occidentales que reclaman sus plantas y semillas, las patentan y las presentan como “invenciones propias”, lo cual amenaza los estilos de vida basados en la biodiversidad y el conocimiento indígena.³⁸ Muchas veces se trata de organismos genéticamente modificados o transgénicos que son prácticamente impuestos a los países en desarrollo por grandes transnacionales como *Monsanto*, *Cargill*, *Du Pont* o *Bayern* como si se tratara de una necesidad imperiosa para el progreso humano.

Amparándose en el Acuerdo de la OMC sobre Derechos de Propiedad Intelectual Relacionados con el Comercio (DPIRC), las grandes corporaciones están imponiendo sus sistemas de derechos de propiedad intelectual como exclusivamente personales y no comunes en el sector de las semillas. Al imponer los DPIRC, se excluye cualquier variedad de conocimiento, ideas e innovaciones desarrolladas en comunidades intelectuales (campesinos, grupos étnicos, e incluso los científicos de una universidad). Estos DPIRC sólo se reconocen cuando el conocimiento y la innovación producen beneficios

*“Los beneficios y la acumulación de capital son los únicos fines para los que se emplea la creatividad; el bien social ya no se admite. La universalización de las prioridades de una parte muy pequeña de la sociedad humana destruirá la creatividad, en vez de estimularla. Al reducir el conocimiento humano a la categoría de propiedad privada, los derechos de propiedad intelectual ahogan la capacidad humana de innovar y crear; transforman el libre intercambio de ideas en robo y piratería”.*³⁹

La voracidad de las corporaciones tampoco se detiene cuando se trata de bienes hasta hace poco considerados como “comunes”, como el agua, que cada vez se convierte en un bien sujeto a privatizarse. Una vez privatizada y mercantilizada, el agua deja de estar al alcance de todos aquellos que la necesitan, para pasar a ser un privilegio de quienes pueden pagar por ella.

La paranoia de los derechos de propiedad intelectual llega a extremos marcados por lo ridículo. Naomi Klein cita el caso de la amenaza de demanda que hizo la empresa *Disney* contra un grupo de madres neozelandesas de un pueblito remoto, si no quitaban las imágenes de Pluto y del Pato Donald que habían pintado en un mural del patio del Kinder.⁴⁰

Costa Rica no ha estado exenta de estos intentos por privatizar la vida. La aprobación del Convenio Internacional para la Protección de Obtenciones Vegetales ha causado una enorme polémica y el rechazo de las organizaciones campesinas y ambientalistas. Dicho convenio pretende extender una patente a las semillas producidas en laboratorios

³⁸ Shiva, Vandana. Op cit., p. 169.

³⁹ Ídem.

⁴⁰ Klein, Naomi. Op cit., p. 219.

de investigación y otorgar el derecho de propiedad intelectual a las nuevas variedades vegetales⁴¹. Esto plantearía la desaparición de miles de campesinos nacionales y una amenaza para la seguridad alimentaria del país. Cabe destacar la presión que han ejercido los EE. UU. para la aprobación del convenio. Un macabro adelanto de lo que nos espera con el Tratado de Libre Comercio entre ese país y Centroamérica.

La quiebra del orden liberal

En el fondo, el fracaso del modelo, su insostenibilidad y contradicciones, se remite a la concepción filosófica que le ha sustentado: el liberalismo. Es preciso aclarar a cuál liberalismo nos referimos, pues ha sido siempre un concepto ambiguo, haciendo referencia a un punto focal en filosofía política y, a la vez, a partidos y movimientos que han abrazado políticas originadas en la filosofía política del liberalismo. Así, se puede hablar del liberalismo clásico, el liberalismo económico, el libertarismo, etc.⁴²

Los últimos doscientos años pueden verse en cierta forma como la realización del liberalismo. La Revolución Liberal dio origen a la democracia moderna, pero sus ideólogos, desconfiados de la masa popular, plantearon gobiernos de elites. No obstante, el liberalismo fue parcialmente democratizado a través de las luchas sociales, que le dieron un carácter más humano. Una expresión fundamental de esto fue el establecimiento del sufragio universal, el Estado de Bienestar, o Estado Social de Derecho.

El liberalismo al que hacemos referencia aquí es el “liberalismo realmente existente”, al que la revolución neoliberal ha vaciado de sus componentes democráticos, exaltando sus expresiones más individualistas y elitistas y que constituyen el corazón del capitalismo global. De cara a los enormes desafíos que enfrenta la democracia, este liberalismo realmente existente y su expresión en el capitalismo global no es la solución, es el problema y así lo reconocen incluso los propios paladines del sistema, como el financiero y especulador George Soros:

⁴¹ La Nación. Suplemento Viva. Jueves 3 de octubre de 2002.

⁴² Si todas las corrientes liberales tienen como fuente común de sus creencias el valor de la libertad individual, existe una amplia gama de enfoques o familias que hacen que el concepto “liberalismo” tenga un uso descriptivo muy limitado. El liberalismo norteamericano hace referencia a una corriente de pensamiento hostil al mercado y al individualismo. Inspirados en las consecuencias sociales y económicas de la Gran Depresión, los liberales norteamericanos impulsaron la intervención gubernamental en la administración de la demanda y en la creación de programas de bienestar social. El liberalismo clásico parte de una observación del mundo de la economía política que se remonta a Adam Smith. Su base fundamental estima que en la sociedad existen mecanismos ordenadores que mantienen la estabilidad y el control central (mano invisible). Los liberales de los derechos naturales justifican la libertad individual sobre la base que la intervención estatal (debido a que viola derechos) es inmoral, independientemente de cualquier consideración sobre sus consecuencias. El liberalismo de Chicago, que tiene un carácter cuantitativo y positivista, tiende a escapar de cualquier individualismo ético y prefiere demostrar la superioridad de un orden libre según los efectos observables de las políticas sociales y económicas dirigidas. Su exponente más destacado es el economista Milton Friedman. El libertarismo es una corriente individualista que defiende la libertad extrema de la economía de mercado, la propiedad privada, la soberanía del individuo, etc. Algunos de sus planteamientos más radicales apuntan a una abolición del Estado. Sus principales exponentes son Robert Nozick, Ayn Rand además de Hayek y M. Friedman. En Costa Rica sus exponentes son el Movimiento Libertario. Ver *Diccionario del pensamiento conservador y liberal*. Nigel Ashford et al. Nueva Visión. Buenos Aires, 1992.

*“Ahora tengo el temor que la intensificación del capitalismo liberal y la extensión de los valores comerciales a todos los terrenos de la vida pongan en peligro el futuro de nuestra sociedad abierta y democrática. El principal enemigo de esta sociedad ya no es la amenaza del comunismo, sino claramente la del capitalismo”.*⁴³

Los verdaderos meollos del problema son la incapacidad y el fracaso del orden liberal para garantizar la convivencia humana, la democracia y el desarrollo con equidad.

Hace 10 años, en medio de la orgía triunfalista del capitalismo, suscitada después de la caída de los regímenes del socialismo histórico, Francis Fukuyama publicó su libro *El fin de la historia y el último hombre*, en el que aseguraba la victoria definitiva de las ideas liberales. El punto final de la evolución ideológica de la humanidad, la cual ninguna ideología con pretensiones de universalidad estaría en condiciones de desafiar.⁴⁴

La legitimidad de la democracia liberal y del capitalismo era innegable. Cualquier aspiración a un orden diferente que desafiara la lógica de estas premisas carecía de seriedad y factibilidad. Esto se constituyó en la base fundamental del Pensamiento Único:

*“Nos cuesta imaginar un mundo que sea radicalmente mejor que el nuestro, o un futuro que no sea esencialmente democrático y capitalista”.*⁴⁵

Por supuesto podrían existir desafíos al orden liberal capitalista -como el subdesarrollo en el caso de los países latinoamericanos- que pusieran en evidencia las “inequidades” del capitalismo. Sin embargo, este subdesarrollo se debería precisamente a que, en estos países, no se ha aplicado “suficiente capitalismo”.

Hoy estos argumentos resultan ridículos: ni el mundo se convirtió en un lugar mejor, ni más próspero con la hegemonía ideológica del liberalismo, ni ésta ha sido asumida como un orden definitivo, ni mucho menos legítimo, lo cual es relevante, pues un régimen sin legitimación no subsiste.

El impacto social y ambiental del capitalismo global, con sus contradicciones y tendencias a la anarquía, demuestran precisamente lo contrario de lo que publicistas del capitalismo como Fukuyama predijeron. El liberalismo está en el corazón de estos cuestionamientos. La caída del socialismo histórico fue un falso triunfo del liberalismo. Incluso, algunos autores como Immanuel Wallerstein afirman que dicha caída vino a probar más bien, el derrumbe del liberalismo.

Según Wallerstein, el liberalismo fue desde 1789 a 1989 el aglutinante ideológico de la economía-mundo capitalista. Si el año 1789 marca la irrupción del liberalismo en la escena política, 1989 marca su salida. Durante más de un siglo, hasta 1968, los movimientos anti-sistémicos de la izquierda no fueron más que “liberales-socialistas”,⁴⁶

⁴³ Soros, George. *The crisis of Global Capitalism*. The Wall Street Journal, 15 de septiembre de 1998.

⁴⁴ Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta Agostini. Buenos Aires, 1992, p. 82.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 83.

⁴⁶ Wallerstein afirma que la ideología socialista como antiliberalismo fue renovada por la Revolución Rusa y la construcción del marxismo-leninismo como nuevo plan de acción política. El corazón del leninismo era la denuncia de los socialdemócratas por haberse convertido en liberal-socialistas y haber dejado de ser antisistémicos. Mientras tanto, el liberalismo, cifró su plan de acción en una domesticación de las clases

pero los revolucionarios de 1968 presentaron el primer desafío intelectual coherente al modelo trimodal de ideologías (conservadora, liberal y socialista) al insistir en que sólo se predicaba el liberalismo y que era el “liberalismo” precisamente el problema.⁴⁷ El liberalismo fue desplazado de su lugar como ideología determinante del sistema mundial. El periodo entre esas dos fechas representa el desmoronamiento gradual de lo que quedaba del consenso liberal. El año 1989 no es sino la continuación del 68, el final del consenso liberal y una derrota política de los defensores de la economía-mundo capitalista. Lo que a simple vista es concebido como una derrota de las fuerzas anti-sistémicas –según Wallerstein- es más bien una gran liberación, pues permitió eliminar la justificación liberal-socialista de la economía-mundo capitalista y por lo tanto representó el colapso de la ideología liberal dominante.⁴⁸

La crisis del liberalismo también es analizada por otros autores contemporáneos. Uno de los enfoques más interesantes es el de Félix Ovejero en su obra *La libertad inhóspita*. Para Ovejero, la realización histórica del liberalismo (a la que hace también referencia Wallerstein) conlleva precisamente a su desaparición como programa, y cuando se trata de reivindicarlo, lo que se provoca más bien es una cacofonía de criterios y posiciones frente a temas como el mercado, el Estado, la democracia, la igualdad, etc. No piensan lo mismo respecto a la igualdad Ronald Dworkin o Robert Nozick, para citar sólo una de muchas posiciones extremas dentro del campo liberal. Para Ovejero, una filosofía política que no es capaz de brindar pautas indicativas, medianamente precisas en estos asuntos, no constituye una perspectiva solvente o provechosa para el futuro.⁴⁹

Pero tal imprecisión no significa de ninguna manera que no exista en estos tiempos una “arquitectura compacta y con criterio”.⁵⁰ Hay un liberalismo de “carne y hueso”, palpable como la savia vital del sistema. Es el liberalismo realmente existente, que se identifica por su exaltación del individualismo insolidario, la crítica al igualitarismo, a la democracia, a la participación y a la intervención del Estado en la Economía. Es un liberalismo post-democrático, que bajo la dirección de los grandes mercados financieros globales, genera diversas formas de exclusión socioeconómica e informativa. Este es el liberalismo que impera actualmente, y que ha sido desprovisto de los componentes que condujeron al liberalismo democrático a justificar la intervención del Estado para luchar contra las desigualdades y la instalación del Estado de Bienestar. Ernesto Laclau señala al respecto:

populares de los países situados fuera del centro; es decir, el sur. Sus más insignes representantes fueron Woodrow Wilson y Franklin Roosevelt, quienes tomaron las dos principales propuestas liberales del siglo XIX y las adaptaron a escala universal: el sufragio universal y el Estado de Bienestar. El llamado a la autodeterminación de los pueblos fue ese equivalente universal del derecho al sufragio.

Sin embargo, el leninismo experimentó un proceso de desradicalización que culminó con Gorbachov y que tuvo dos elementos fundamentales: la aceptación del objetivo del socialismo en un solo país y la búsqueda de poder nacional y ventajas para una nación dentro del sistema interestatal. Además, el problema clave de leninismo y *wilsonismo* era la integración política de la periferia del sistema mundial y ese mecanismo de integración para ambos era el “desarrollo nacional”, en el cual había solo diferencias respecto al camino. Esto, según Wallerstein, convirtió a los socialistas en liberal-socialistas. Immanuel Wallerstein. *Después del Liberalismo*. Siglo XXI Editores. México, 1995.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 107.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 249.

⁴⁹ Ovejero, Félix. *La libertad inhóspita. Modelos humanos y democracia liberal*. Paidós. Barcelona, 2002, p. 264.

⁵⁰ *Ídem.*

*“En realidad lo que está en cuestión a través de esta crítica neoliberal es la propia articulación entre liberalismo y democracia, que se ha realizado en el curso del siglo XIX. Esta democratización del liberalismo, que fue resultado de múltiples luchas, concluyó por tener un impacto profundo en la forma en que la misma idea de libertad era concebida”.*⁵¹

El divorcio entre democracia y liberalismo

El liberalismo realmente existente replantea la rencilla histórica del liberalismo con la democracia y la participación. Supone una regresión a sus orígenes, cuando surge para contener a las clases peligrosas y su irrupción en la vida política y social. En ese momento, la respuesta liberal consistía en conceder acceso limitado al poder político y una participación limitada en la plusvalía económica en niveles que no amenazaran el proceso de incipiente acumulación de capital. Su “incomodidad” con la democracia era evidente. La tradición liberal, desde Locke en adelante, no fue democrática, y la democrática, desde Winstanley, Rousseau y Robespierre, no fue liberal. De hecho, con frecuencia, hubo odios y denuncias mutuas.⁵²

El matrimonio entre liberalismo y democracia sólo se estableció tras los acuerdos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando se coincidió en torno a la resistencia contra el fascismo y la aceptación liberal de una economía regulada por el Estado.

En el marco del capitalismo global, la democracia vuelve a tener un evidente mal acomodo en el núcleo liberal del Pensamiento Único. Si la democracia tiene que ver con la toma de decisiones en común acerca de la vida colectiva, eso no encaja bien con el liberalismo realmente existente. El liberal tiene una concepción territorial de las decisiones: si la sociedad -los demás- aumenta su número de ámbitos de decisión, menos me queda a mí por decidir.⁵³ Los derechos son como fronteras que garantizan que nadie (la sociedad) pueda decir nada acerca de mi modo particular de vida. Los derechos tienen un carácter negativo porque aseguran que los individuos no se ven interferidos en sus elecciones y en sus acuerdos (libertad de expresión o desplazamiento, los que vetan la intromisión de los demás, etc.). De esta forma, se descalifica a los “demás” derechos, aquellos que tienen una connotación positiva: derecho a la educación, la salud, el trabajo, medio ambiente sano, etc., y que requieren políticas redistributivas por parte del Estado.

La libertad es también una libertad negativa, tal y como la esbozara Isaiah Berlin, en el sentido que una persona es libre en la medida que sus elecciones y acciones no son impedidas por leyes o instituciones de origen humano. La máxima expresión de libertad requiere que el conjunto de reglas que fijan el escenario político sea el mínimo posible. La libertad nada tiene que ver con la vida pública. La máxima libertad es la que es mínimamente política, y el mejor Estado, el más inactivo. Una “sociedad libre” es aquella que deja a los individuos interactuar libremente (establecer contratos e intercambios)

⁵¹ Laclau, Ernesto et al. *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI. Madrid, 1997. p. 193.

⁵² Therborn, Göran. Más allá de la ciudadanía: ¿Democracia post-liberal o liberalismo post-democrático? En: *La democracia post-liberal*. Editorial Sistema. Madrid, 1996, p. 43.

⁵³ Ovejero, Félix. Op cit., p. 28.

con el mínimo de intromisiones públicas. El individuo ideal es como Robinson Crusoe, que sólo depende de su voluntad: “Yo soy libre cuando ningún otro me coarta”.

Obviamente también existe incompatibilidad entre esa libertad negativa y la igualdad. Es ilegítima cualquier intervención de las instituciones públicas que pretenda asegurar los medios que garanticen el bienestar de la gente. Esto atenta contra la libertad porque, de un modo u otro, requiere interferencias o porque se “arrebata” a unos -los ricos- y se decide paternalmente acerca de la vida que conviene a otros -los pobres-.⁵⁴

Un sistema presa de sus contradicciones

Todas las contradicciones del capitalismo global remiten también a la crisis de la racionalidad capitalista, pues de nuevo, las fuerzas productivas entran en contradicción con las relaciones de producción.

La lógica basada en la maximización de la tasa de ganancia en la competencia entre capitales que caracteriza al capitalismo global, se ve espoleada por las constantes innovaciones tecnológicas que reducen la vida media de los productos y también la tasa de ganancia. La reproducción del capital se apura, superando la velocidad de reproducción de las fuerzas productivas. Las corporaciones multinacionales pierden capacidad financiera para mantener ese ritmo de incorporación de tecnología, y consecuentemente, la misma racionalidad del capitalista entra en crisis debido a esa competencia entre capitales privados que concentra la riqueza.⁵⁵ Esta concentración de riqueza implica preservar la ganancia del gran capital a costa de la pérdida de dinámica del ámbito productivo. Al contraerse la demanda y producirse recesión, las posibilidades de ganar en un mercado mundial tan repartido se limitan: “no hay salida de acumulación por crecimiento ni por redistribución de la riqueza”.⁵⁶

Esto implica también que el capitalismo global refuerza el “laissez faire” en el ámbito mundial, trabaja más bien para minarlo. Si por un lado fomenta la productividad, por el otro genera inestabilidad en el sistema, socava la cohesión social y multiplica la desigualdad, creando tendencias sociales que amenazan todo el funcionamiento del sistema. El “laissez-faire” pretende justificarse científicamente a través de la teoría económica que afirma que los mercados libres y competitivos hacen que se llegue a un equilibrio entre oferta y demanda, lo cual asegura la mejor colocación de los recursos. Soros afirma que si se analiza el comportamiento de los mercados financieros se observa que, en vez de propiciar un equilibrio, los precios continúan fluctuando relativamente a las expectativas de compradores y vendedores, lo que hace inherentemente inestables a los mercados así como propensos a fracturas y depresiones económicas.

Más allá de la retórica liberal, tampoco se puede hablar de mercados “desregulados”, pues se trata de otra ficción neoliberal. No existen mercados desregulados, salvo en la economía imaginaria de los economistas puros. Todos los mercados están regulados, la única cuestión, es determinar quién y cómo se regulan.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 26.

⁵⁵ Dierckxsens, Wim. *El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada*. Ediciones Desde Abajo. Bogotá, 2003. p. 11.

⁵⁶ *Ídem.*

Esto no sólo significa inestabilidad económica, sino que impide también la redistribución de la riqueza. El “laissez-faire” y su incompatibilidad con la justicia social da consistencia a la doctrina de la supervivencia del más fuerte y, consecuentemente, un camino plagado de víctimas desahuciadas por el sistema.

Pero esto no implica que el fracaso del modelo no sólo se manifiesta por sus víctimas. El capitalismo global puede ser también su peor enemigo, produciendo niveles cada vez más extremos de anarquía y corrupción. La escandalosa quiebra durante 2002 de varias corporaciones como *ENRON*, *WorldCom* y *Andersen*, y su impacto en las bolsas de valores, ha puesto en evidencia la volatilidad de mercados sin controles y vigilancia. La llamada “contabilidad creativa”, que precipitó a esas empresas al caos, no es sino la consecuencia lógica de los excesos y el frenesí de avaricia y desregulación propios del capitalismo global.

El liberalismo realmente existente se encuentra acorralado entre éstas y otras contradicciones. Su lógica conduce, de manera inexorable, a la desigualdad, la injusticia y el caos. Un mundo sin reglas, abocado únicamente al individualismo y la consecución de la ganancia, es una amenaza a la convivencia humana y una sentencia de exclusión para millones de seres humanos. Un mundo sin reglas en el que no se globalizan la democracia, los derechos humanos, el respeto al derecho internacional, la justicia social ni la igualdad. Por eso es que la globalización resulta relevante para la formulación de políticas progresistas y se constituye en un desafío ineludible el estructurar alternativas: el definir un mundo alternativo y posible.

La necesidad de un orden alternativo

La creciente demanda social para profundizar la democracia, la participación, la igualdad, sobre todo en los pueblos latinoamericanos, no es precisamente un llamado a la realización del liberalismo realmente existente, sino a su rechazo. Reclama que el actual sistema mundial, definido por el capitalismo global, no es democrático, pues ni el bienestar económico ni el poder político son compartidos por todos de igual forma. Es un sistema que, sin duda, amenaza la convivencia humana y resquebraja la cohesión de la sociedad. Esta no es una crítica aislada de algún sector de izquierda, es más bien como un fantasma que recorre el mundo, una advertencia cada vez más recurrente, desde Joseph E. Stiglitz y Jeffrey Sachs⁵⁷, hasta el mismo Soros.

A menudo pareciera que la velocidad de los cambios ha sido mucho mayor que la reacción política a los mismos. Una suerte de aturdimiento y vacilación se ha apoderado de un amplio sector de la izquierda política. Por todo esto es que la globalización es un desafío para las políticas progresistas.

La globalización, lejos de lo que los propagandistas del liberalismo realmente existente nos dicen, no es una manifestación “natural” de la evolución. Ha sido creada y diseñada

⁵⁷ Sachs cuestiona a los intocables. La Nación, 26 de octubre de 2002. p. 23

por seres humanos con un objetivo concreto: otorgar primacía a los valores económicos sobre todos los demás valores.⁵⁸

Otra globalización se hace necesaria: que responda a valores sociales superiores y sitúe al ser humano y al medio ambiente como sujetos y razón del progreso, no como meras mercancías. Esto no sólo es necesario, sino también posible. Ninguna sociedad puede ser decente si los mercados lo invaden todo y todos los valores se comercializan⁵⁹. Ésta es, definitivamente la tarea primordial de la izquierda en el nuevo siglo: estructurar una alternativa al capitalismo global.

⁵⁸ Mander, Jerry et al. Op cit p. 32.

⁵⁹ Hutton, Will. Op. cit., p. 36.